

Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes.
Publicada por la Universidad de Concepción.

Año XIII

Agosto de 1936

Núm. 134

Puntos de vista

El error de América

Las insinuaciones hechas para intervenir amistosamente en el sangriento conflicto español, no han encontrado eco. La insinuación de un gobierno americano cayó, como casi siempre ocurre, en el vacío y no fué posible penetrar en ese torbellino de sangre que casi no tiene par en la historia del mundo.

España había hecho las etapas del descubrimiento, de la conquista y de la colonización en América. Pero América no ha podido devolver a España aquellas grandes intenciones de paz, con que, siguiendo el símil antiguo, los hijos demuestran su agradecimiento a la madre. Han intervenido para dificultar las gestiones pacifistas, los elementos políticos perturbadores. No es posible mezclarse en las disputas internas de los países, porque tales contiendas son del resorte exclusivo de los pueblos. Esta es una de las fórmulas más socorridas. El derecho de un pueblo a buscar por sí mismo, los rumbos de su destino, tampoco puede ser dificultado por otros países. La Liga de las Naciones estaba igualmente impedida para intervenir y las naciones que aisladamente hubieran querido hacerlo, también sentían sobre sí las responsabilidades que determina la intervención.

En América como en todo el mundo, se ha formado una conciencia típica acerca del fenómeno español. No es la revolución española un hecho aislado, un suceso que sólo tenga repercusión dentro de las fronteras en que se desarrolla. A ella se han vuelto todas las miradas, como a un espejo y se le ha dado un carácter univer-

sal, un aspecto decisivo para las contiendas particulares de cada nacionalidad. Así el mundo ha visto dividirse los sectores políticos en gobiernistas y en rebeldes. Cada una de estas acepciones encarna una corriente política o social vigente en cada país, y han así re-crudecido los alegatos en pro y en contra de cada bando social. En España se ha querido colocar la decisión del gran combate que viven hoy todos los pueblos. Las doctrinas, los idealismos mantenidos en el tono elevado que es privativo de los grandes torneos académicos ha caído ya en desuso. El mundo quiere dirimir con el arma en la mano, por el crimen y la muerte, por la masacre y la persecución violenta, las diferencias que el propio mundo ha suscitado con su ceguera y con su egoísmo.

Lo que parecía ser después de la Gran Guerra, horizonte abierto a la inteligencia y a la razón, se ha despeñado en el más frenético de los tumultos desordenados. Las antiguas jerarquías fueron barridas, las tradiciones en las cuales se había envuelto la humanidad, destruidas y una nueva moral y una nueva sensibilidad han querido elevar sobre las viejas, el imperio de sus decisiones. Un alma que no cede frente a una impaciente e impeiuosa que aspira a cambiar totalmente la tabla de los valores humanos. Una política que apoyó todo en la ley constante de la evolución, sin sacudimientos, frente a una política que repudia y condena los antiguos métodos y quiere realizar rápidamente por impulsos enérgicos y por encima de todo, el máximo de los anhelos. Por eso ha podido verse en los pueblos, el espectáculo de muchedumbres que hacían mofa de las leyes e incitaban a los gobiernos a desconocerlas y a pisotearlas. El Derecho internacional sobre el cual tan pacientemente se había edificado, o se había intentado edificar la solidaridad, ha sido bárbaramente desconocido aun por los pueblos que más habían contribuido con sus leyes a formar la temperatura universal de la armonía. Pueblos débiles e inermes han sido conquistados por razas fuertes y fecundas, poseedoras de los atributos dionisiacos de la violencia. Contra ellos nada ha podido la voz del Derecho. Nada la voz de la reflexión. Nada el grito angustiado de los vencidos. Una sola ra-

zón, la fuerza, un solo gesto, el puño crispado. Europa se ha convertido, en el espacio de algunos años en un formidable campamento de guerra. Las fronteras están erizadas de cañones y de fusiles. El cielo ennegrecido por los aviones de combate; el mar manchado por el humo de los grandes navíos de guerra. Eso es toda la civilización. Y ese es el ejemplo más directo que ha dado a estos países de América, dóciles a la sugestión europea, que han vivido durante un siglo copiando y respirando las emanaciones de la ideología y de las costumbre de ese continente que le enseñó junto con el culto del Derecho, el culto de la democracia.

Pero ya la democracia vacila, corroída en sus cimientos por las nuevas concepciones de la política. La democracia agoniza bajo el poder de la fuerza. Y esto es lo que más angustiosamente sienten en su espíritu los pueblos de América. Nacieron en nombre de una libertad que cada día va siendo menos real y ahora, las doctrinas europeas en vigencia, las doctrinas de la fuerza quieren hacer de América un laberinto de odios.

La revolución española se juzga en estos pueblos, con sujeción a las propias luchas internas. América sigue siendo tributaria de Europa, continúa atada a los vaivenes de su economía y de su política. El gran drama de la raza conquistadora es ahora el punto de referencia para los futuros actos de la política interna de cada país americano. No podríamos nosotros ser en cambio los autores de una política enteramente americana, extraída de las necesidades americanas, de las inquietudes y de las luchas que han surgido a lo largo de más de un siglo de existencia libre.

La sugestión uruguaya para intervenir amistosamente en el conflicto civil de España no ha encontrado resonancia alguna en los pueblos. Hemos preferido ser expectadores del drama a someterlo por los dictados de la solidaridad y de la concordia, ahorrando al mundo esa masacre bárbara de la que no quedarán sino odios profundos y rencores humillantes.

América ha perdido una gran oportunidad. Es sensible. Dígase lo que se quiera de la mediación pacífica, júzguesela como

un arranque romántico o como un hecho político intrascendente, lo cierto es que América no ha sabido levantar sobre la confusión y el desconcierto que sufre el mundo hispano, una voz serena, alta y cordial, noble y limpia, para echarla encima de la vorágine roja que vive la madre de todos estos pueblos que intentan en su ceguera, adoptar los mismos métodos fatales que ella ha adoptado.